

EL ORIGEN DEL ESTADO EN EL ANTIGUO EGIPTO*

Stephan Johannes Seidlmayer^a

Resumen

El antiguo Egipto está entre los pocos casos históricos que documentan los orígenes del Estado. En contraste con otras regiones donde la organización estatal permaneció por mucho tiempo en el nivel de ciudades-Estado, en Egipto surgió un extenso Estado territorial ya hacia fines del cuarto milenio a.C. La investigación arqueológica realizada durante las últimas décadas ha revelado una abundancia de nueva información. De manera particular, el surgimiento de la complejidad social y de las estructuras económicas y políticas se puede seguir desde la parte temprana del cuarto milenio. Dentro de este entorno regional se pueden reconocer tanto el desarrollo de estructuras de tipo ciudades-Estado como redes de comunicación e interacción de gran escala que alcanzaron desde el área sur del Levante hasta la Segunda Catarata del Nilo; estas últimas anticiparon estructuras y funciones importantes del Estado territorial del posterior Egipto dinástico. De este modo, los orígenes del Estado pueden ser determinados dentro de un contexto más grande de progreso estructural. Al mismo tiempo, el tema necesita ser abordado en el marco de cómo, más adelante, surgieron organizaciones sociales, económicas y culturales al interior del escenario político del Estado faraónico.

Palabras clave: antiguo Egipto, orígenes del Estado, sociedad compleja, arqueología social

Abstract

THE ORIGINS OF THE STATE IN ANCIENT EGYPT

Ancient Egypt counts among the few historical cases which document the origins of the state. In contrast to other regions, where state organization remained for a long period on the level of city states, an extensive territorial state emerged in Egypt at the end of the 4th millennium BCE. Archaeological research during the last few decades has revealed a wealth of new information. In particular the emergence of complex social, economic and political structures can be followed from the earlier part of the 4th millennium. Within the regional setting, the development of city-state like structures can be documented. In addition, large scale networks of communication and interaction, extending from the Levant south to the area of the 2nd cataract of the Nile, can be recognized which anticipated important structures and functions of the territorial state of dynastic Egypt. Thus the origins of the state can be anchored within a larger context of structural development. At the same time, the question needs to be addressed: how did social, economic and cultural structures later on develop within the political framework of the pharaonic state?

Keywords: ancient Egypt, origins of the State, complex society, social archaeology

1. Tema y contexto

En una perspectiva comparativa, cualquier discusión sobre el nacimiento del Estado en el Egipto antiguo debe resaltar por su carácter excéntrico (Janssen 1978; Wilkinson 1996, 1999; Hendrickx *et al.* 2004; Wenigrow 2006; Döhl 2008). Esta situación se debe a dos aspectos. Si se le compara con otros casos clásicos de la formación prístina de Estados —como, por ejemplo, Mesopotamia, para citar un proceso cercano—, parece ser normal que estas tienen como precedentes a las ciudades-Estado. En el antiguo Egipto, en cambio, se constituye un Estado territorial como organización política ya desde fines del cuarto milenio a.C. Este abarcó, prácticamente, toda el área ocupada por el pueblo egipcio —entendido como los hablantes de

* Traducción del alemán al castellano: Peter Kaulicke

^a Deutsches Archäologisches Institut, Abteilung Kairo.

Dirección postal: 31, Sh. Abu el-Feda, 11211 Cairo/Zamalek, Egipto.

Correo electrónico: seidlmayer@kairo.dainst.org

ese idioma— que representaba un país de más de 1000 kilómetros de largo, con una población estimada en alrededor de 1.000.000 de habitantes (Butzer 1976: 81 y ss.).

La excentricidad del caso de Egipto se percibe incluso en un sentido más fundamental. Después de haber perdido la seguridad evolucionista que reclama que cada constitución política del hombre necesariamente debe culminar en un Estado, la investigación científica ha demostrado, en muchas partes del mundo —incluida la Europa prehistórica y protohistórica—, el carácter fragmentado, temporal y transitorio de las diversas formas de este tipo de organización política. En la actualidad, los «Estados fracasados» (*failing states*) demuestran, directamente, su estatus precario; el Egipto, en cambio, presenta el caso excepcional de una formación «lograda» de Estado, un concepto que abarca un lapso ininterrumpido desde el cuarto milenio a.C. hasta la actualidad.

Esta posición excepcional del temprano Estado egipcio en la comparación intercultural proporciona gran interés a su caso y lo convierte en una de las grandes cuestiones en las que la investigación egiptológica asume una responsabilidad particular en el discurso antropológico-cultural. Por otro lado, el cambio del contexto intelectual que domina la temática exige una nueva reflexión acerca de los conceptos que suelen aplicarse en la investigación egiptológica del asunto que, quizá, deba culminar en una nueva concepción de esta materia. Sería triste tener que desarrollar esta nueva tarea ante el trasfondo de una base de datos permanentemente inamovible. Felizmente, este problema no se presenta; por el contrario, se cuenta con una investigación arqueológica muy viva, diversificada y excepcionalmente exitosa. En las últimas dos o tres décadas se ha elaborado una base que resulta sensacional en algunos aspectos y que no solo permite, sino que exige perspectivas distintas (Midant-Reynes *et al.* 2008), por lo que, en el presente aporte, se pretende esbozar y probar tales posibilidades de enfoques nuevos. Debido a las características de esta meta, se obvia una presentación de la historia de las investigaciones y de las evidencias. Semejante procedimiento tampoco sería posible en el marco dado. El autor es consciente de que esto implica pareceres personales, por lo que el lector queda advertido.

2. Perspectivas del antiguo Egipto acerca del origen del Estado faraónico

Un ingreso ordenado en la materia debe iniciarse con posiciones aceptadas. Para poder entender el enfoque específico de la egiptología se tiene que partir del hecho de que no se cuenta con conocimientos concretos en el caso de sus nociones históricas: se trata, más bien, de tradiciones históricas y constructos elaborados por la propia cultura faraónica. Desde el inicio es preciso enfocar dos conceptos de la cultura faraónica respecto al origen del Estado, ya que estos dejaron una profunda huella. La obra historiográfica de Manetón (siglo III a.C.), su *Aigyptiaka*, conservada en parte, resume la tradición de la historia oficial faraónica y transmitió sus concepciones a la investigación moderna que, *no lens volens*, tenía que orientarse sobre la base de ella (Redford 1986). La obra de Manetón y sus antecedentes, que se remontan al tercer milenio a.C., precisan su inicio: el Estado egipcio comienza con el primer rey de la Dinastía I, el rey Menes. La investigación científica, por ende, se ha empeñado mucho en proporcionarle una realidad histórica.

Si se retoma la guía de Manetón, no se debe olvidar una característica concluyente de su concepto. En la tradición del antiguo Egipto, el Estado egipcio no parte de la fundación del reinado, en el sentido de sus inicios preestatales. Con Menes ocurre la transferencia de la realeza al mundo de los humanos luego de un serie de reyes primordiales míticos, dioses y héroes. Con ello, el pensamiento histórico egipcio representa el fundamento real-teológico de la monarquía desde el papel del rey como hijo y representante del dios creador —el dios solar— en el mundo de los humanos en un sentido cronológico. Como cada rey, era el hijo real y directo del creador; en otras palabras, la realeza humana procedía de una realeza primordial divina. Desde esta perspectiva, el Estado no es algo que se forma, en un sentido histórico, sino que ya existe con anterioridad a cualquier forma de historia. Por lo tanto, el inicio del Estado con el rey Menes no tiene relación con la formación del Estado egipcio, tal como la investigación moderna lo concibe.

Un segundo aspecto de la cultura faraónica ha marcado profundamente la discusión egiptológica acerca del nacimiento del Estado: la «unificación del imperio». Esta expresión también se caracteriza por una relación extraña con la temporalidad histórica, aunque resulta singular solo al observador moderno. En la medida en que el rey Menes se relaciona con los reyes Mentuhotep II y Ahmose (Fig. 1), quienes «reunieron»

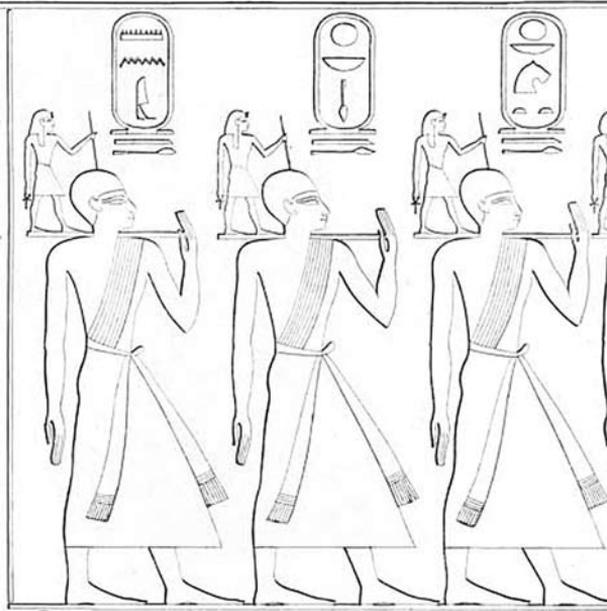


Fig. 1. La estatua del rey Menes en procesión con las estatuas de los fundadores del Reino Medio y el Reino Nuevo, Mentuhotep II y Ahmose. Representación en relieve en el templo funerario de Ramsés II (tomado de Richard Lepsius. Denkmäler aus Aegypten und Aethiopien, Tafel III, 163. Berlin: Nicolai, 1849-1859).

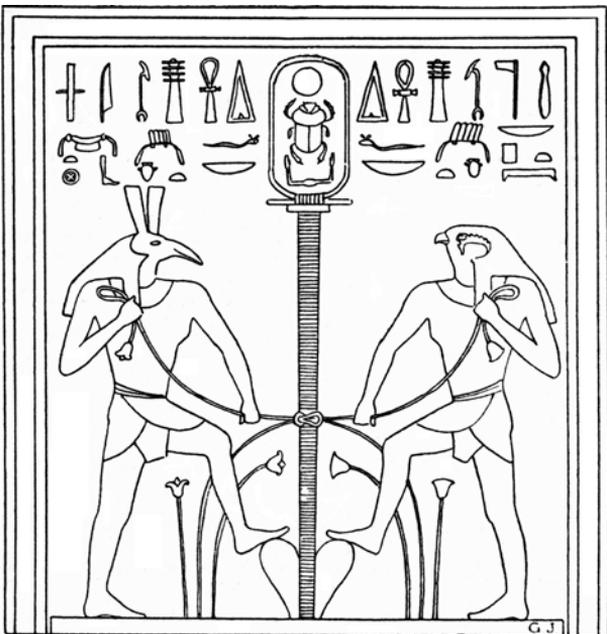


Fig. 2. El acto ritual de la «unión de ambos países». Relieve en la base del trono de una estatua de Sesostris I de Lisht (tomado de Joseph Gautier y Gustave Jéquier. Mémoire sur les fouilles de Licht, p. 37. Cairo: Institut Français d'Archéologie Orientale du Cairo, 1902).

el Estado egipcio hacia el Imperio Medio y Nuevo después de haberse dividido en los llamados periodos intermedios, la primera fundación histórica del Estado fue tal acto de «unificación de ambos países». Por ello, de nuevo la investigación se ha empeñado en interpretar el nacimiento del Estado egipcio como un acto de unificación de los «imperios» del Bajo Egipto y del Alto Egipto. Sin embargo, este evento consiste de un mito escenificado en forma ritual al inicio del régimen de cada rey y, a la vez, es de carácter omnipresente en sus representaciones emblemáticas del fundamento teórico de la monarquía egipcia (Fig. 2; cf. Otto 1938). Así, estos conceptos, tanto míticos como históricos de la cultura faraónica, formaban puntos de orientación dominantes en la discusión egiptológica de la problemática de la formación del Estado. En otras palabras, por ello fueron presentados en este trabajo en su carácter doble desde el inicio, no tanto

con el fin de convertirlos en fundamentos de esta argumentación, sino para tomar distancia respecto de ellos. Los conceptos mitológicos de la cultura faraónica no aportan nada al esclarecimiento de la temática histórico-antropológica cultural, la que se discute en el presente artículo.

3. Historia y arqueología

Pese a ello, la concentración en la figura del rey como fundamento del pensamiento egipcio y de la mayoría de los egiptólogos sirve de entrada para un enfoque arqueológico de la problemática. El Cementerio B de Umm el-Qaab (Abydos), excavado por Amélineau y Petrie, posee un papel central (Petrie 1900, 1901; Fig. 3). Se debe a Kurth Sethe el haber reconocido los nombres de los reyes de la primera dinastía manetónica en las denominaciones que aparecen en los testimonios escritos tempranos de estas estructuras funerarias, lo que no fue un logro trivial si se toma en cuenta la complejidad de la titulación real egipcia y sus cambios. El haber identificado las estructuras excavadas como las tumbas de los reyes de la Dinastía I resulta un siguiente paso decisivo. La secuencia morfológica de la cerámica de los cementerios de Naqada y Ballas, descubiertos por Quibell y Petrie durante el paso del siglo XIX al XX y cuyos contextos funerarios fueron fechados hacia el fin del tercer milenio a.C. como indicios de una *new race* (Petrie y Quibell 1896), encajaba en el horizonte de formas cerámicas de las tumbas reales de Abydos. Por lo tanto, eran más tempranos que estas últimas. Con ello se descubrió la prehistoria egipcia: la cultura Naqada del cuarto milenio a.C.

Con este doble reconocimiento, la investigación del inicio del Estado faraónico pudo trasladarse del espacio de la tradición histórico-mítica a un cuerpo de datos contemporáneos. Lo que siguió a este paso fue concentrar la investigación en la formación del Estado egipcio y correlacionar los puntos básicos de los constructos histórico-mitológicos con el perfil de las evidencias contemporáneas. En un principio este enfoque fue bastante exitoso. El momento histórico al que apuntan los testimonios contemporáneos hacia la primera dinastía de Manetón es bastante aceptable en vista de las características que tienen un papel definitorio en el concepto moderno de 'Estado'. La monarquía faraónica ya existía con su aparato ideológico y mediático (iconografía, arquitectura monumental, entre otros). La escritura jeroglífica en formato de textos tanto administrativos como monumentales ya se había formado en sus rasgos básicos, y existen evidencias convincentes de una diferenciación social: una elite y una cultura de elite separadas de la población común. Asimismo, no faltan pruebas que testifican la presencia de un poder institucionalizado. Por ende, el Egipto de los inicios del tercer milenio a.C. representa, sin duda, un Estado temprano, mientras que las evidencias correspondientes parecían faltar en el material arqueológico anterior del cuarto milenio.

Por lo tanto, una corrección necesaria del modelo de Manetón parece limitarse a modificaciones menores. Dos o tres reyes deben de haber reinado sobre todo Egipto ya antes del inicio de la Dinastía I, como, por ejemplo, el conocido Narmer. Para este grupo, W. M. F. Petrie acuñó la expresión «Dinastía 0». Con ello, el momento del nacimiento del Estado parecía fijado en concordancia con la tradición histórica. Asimismo, la modalidad de este origen parece ser factible como acto de una «unificación» del imperio en las fuentes. La temprana iconografía monumental de la Dinastía 0 —sobre todo sus suntuosas paletas— representa escenas de combates, de conquista y de toma de botines, por lo que se relacionaban con el conflicto entre los «imperios» del Bajo y del Alto Egipto (Asselberghs 1961). De esta manera, la paleta de Narmer fue interpretada como un documento directo de la unificación militar del país (Fig. 4) y, debido a ello, a la Dinastía 0 se le suele llamar como tiempo de la unificación del imperio. Desde esta perspectiva, que combina los testimonios de la historiografía faraónica con las fuentes contemporáneas, el proceso de la formación del Estado en Egipto parece ser un desarrollo relativamente corto e intenso de casi 100 años a fines del cuarto milenio a.C.

4. Las elites tempranas: ancestros de los reyes dinásticos

Un resultado decisivo de la investigación más reciente consiste en haber ampliado en forma categórica este breve horizonte temporal de la supuesta formación del Estado. En este estudio, se parte de la figura del rey egipcio de un modo bastante tradicional y se trata de ver a la constitución del Estado a partir de la formación del papel del soberano, pero, más adelante, se verá que este procedimiento no es suficiente. Si se toma en cuenta toda la crítica que puede expresarse frente a esta estrategia, tampoco se puede negar

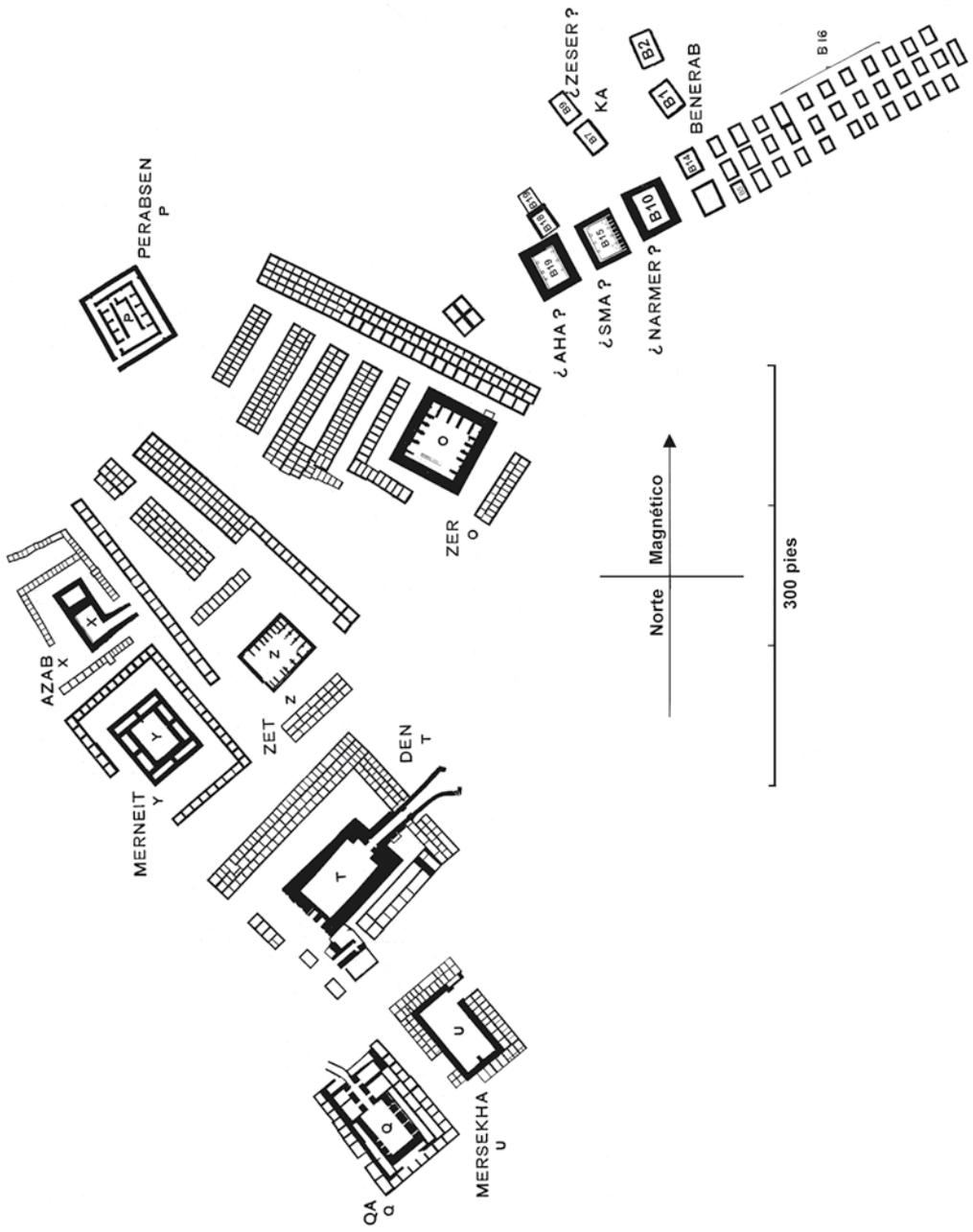


Fig. 3. Plano del Cementerio B de Abydos (tomado de William Matthew Flinders Petrie. The Royal Tombs II of the Earliest Dynasties. Part II, plate 58; London: Memoir of the Egypt Exploration Fund 18. Kegan Paul, Trench, Trübner and Co., 1901).

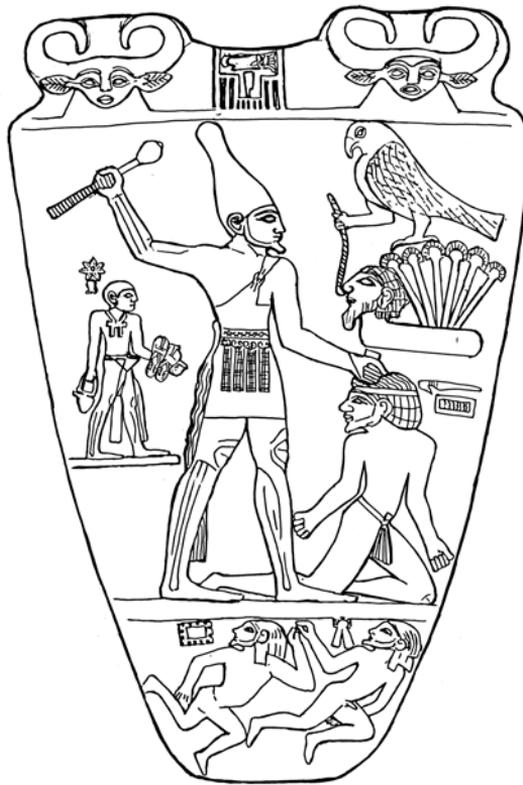


Fig. 4. Paleta del rey Narmer. Escena de la matanza de los enemigos (tomado de William Fairervis, Jr. A Revised View of the Narmer Palette, *Journal of the American Research Center in Egypt* 28, p. 2. San Antonio: American Research Center in Egypt, 1991). Reproducido con el permiso de Eugen Cruz-Urbe (American Research Center in Egypt).

su productividad. Ya se ha logrado determinar que los reyes de la Dinastía 0 no habían sido los primeros soberanos de la sociedad egipcia. El testimonio más temprano de la tradición historiográfica del antiguo Egipto, la Piedra de los Anales, presenta una lista de nombres ilegibles de reyes anteriores a la primera dinastía (Kaiser 1961b). Además, ya se conocía, desde hacía mucho tiempo, una estructura funeraria extraordinaria que databa de mediados del cuarto milenio (fase Naqada IIc, unos 300 a 400 años antes del inicio de la Dinastía I). En forma excepcional, se pintaron las paredes de la cámara funeraria con motivos figurativos y es posible que se trate de la transferencia de mortajas pintadas o tapices a decoración mural (Quibell 1902: *plate* 75; Kemp 1983). En las escenas de este friso se encuentran representaciones como la matanza de los enemigos o la danza de sacrificio del rey, que pertenecen, de forma evidente, a la serie de motivos centrales de la iconografía de la monarquía faraónica (Fig. 5).

Sobre la base de estas evidencias, Werner Kaiser había sugerido, ya a inicios de la década de los ochenta, que la historia del nacimiento del Estado egipcio podría remontarse mucho más atrás de lo que se suponía antes (Kaiser 1959-1960, 1961b), pero agregó el temor de que no podría ser posible comprobarlo debido al inventario metodológico de la arqueología. Esta suposición de Kaiser ha sido comprobada de modo sorprendente por la investigación más reciente, lo que, felizmente, invalidó su recelo. En una cantidad antes no imaginada, se excavaron construcciones funerarias de soberanos predinásticos. Con el fin de proporcionar una impresión de estos avances, se presenta a continuación un esbozo de la situación actual, pero limitado a solo tres sitios.

El propio Kaiser reinició las excavaciones en el cementerio real de Abydos, que fueron continuadas por Günther Dreyer con gran éxito (Dreyer *et al.* 2006). Estos trabajos agregaron nueva información acerca de las estructuras ya conocidas, pero su relevancia radica en haber iluminado la historia más temprana del

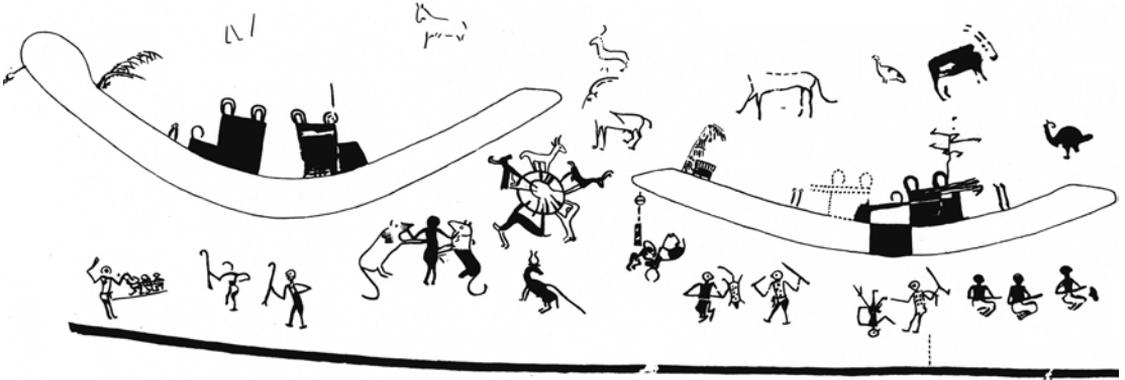


Fig. 5. Corte del friso de la Tumba Pintada de Hieracónpolis. La escena de la matanza de los enemigos se encuentra abajo a la izquierda (tomado de James Quibell. Hierakonpolis, Part II, plate 75. London: 5th Memoir, Egyptian Research Account, Bernard Quaritch, 1902).

lugar. De esta manera, se descubrió una tumba compleja y bien conservada en el Área U, que se conecta, topográficamente, con el Cementerio Real B. Esta estructura pertenece al tiempo poco antes de la Dinastía 0 (Dreyer 1998; Fig. 6). Entre los abundantes hallazgos destacan, fuera de los numerosos recipientes importados del Levante, los más tempranos testimonios de escritura en forma de etiquetas colocadas en objetos del ajuar funerario. Si bien el efecto cronológico de esta tumba aún resulta limitado, las demás tumbas del Cementerio U se remontan a tiempos mucho más tempranos, ya que corresponden al Periodo Naqada I, de mediados del cuarto milenio (Hartung 2001). Los objetos asociados de estos contextos funerarios más tempranos también son extraordinarios, como está documentado en las excepcionales escenas plasmadas en la cerámica que se concentran en la representación de rituales (alfar C de figuras blancas). Estas evidencias implican que el cementerio real de los soberanos de la primera dinastía se desarrolló a partir de un cementerio de elite mucho más temprano. Esta expresión es usada para un área funeraria de dimensiones reducidas separada del resto de la población «normal» de una comunidad, y cuyas estructuras funerarias destacan por su tamaño y/o características de sus objetos asociados. Tales áreas se interpretan como evidencias de la existencia de un grupo excluido y consolidado de personas con posiciones sociales sobresalientes y, por lo tanto, como testimonios directos de complejidad social.

Aún más sorprendentes que los hallazgos de Abydos son los resultados de las excavaciones norteamericanas más recientes en Hieracónpolis (Hoffman 1982; Adams 1995; Friedman [ed.] 2007; véase <http://www.hierakonpolis.org/>). Fuera de la tumba pintada ya mencionada —que se ha perdido, pero, probablemente, formó parte de un cementerio de elite— y de las tumbas de escala real de la Dinastía 0, existe otro cementerio de ese carácter en la Localidad 6, muy adentro del Wadi Abu-Sufflan, un valle desértico que desemboca en el Nilo, cerca de Hieracónpolis (Figueiredo 2004; Friedman [ed.] 2006, 2007). Como el Cementerio U de Abydos, esta área funeraria se remonta a la primera mitad del cuarto milenio, al Periodo Naqada I, y ostenta contextos de características extraordinarias (Fig. 7). Gracias a la ubicación de varios postes, estas excavaciones pudieron constatar la presencia de estructuras con aspecto de capillas, construidas con esteras y otros elementos. Entre los hallazgos de las tumbas saqueadas destacan objetos únicos, como máscaras modeladas, así como enterramientos de diversos animales, entre ellos elefantes, los que se relacionan, directamente, con las construcciones de ideologías de poder de la monarquía faraónica. Debido a estas evidencias, Hieracónpolis presenta un caso paralelo al cementerio temprano de Abydos, pero destaca por características locales aún más sorprendentes.

El tercer complejo que se presentará brevemente no alcanza la edad de las necrópolis de Abydos y Hieracónpolis. Su carácter excepcional se debe a su ubicación geográfica en el sector nubio del valle del Nilo, algo más al norte de la Segunda Catarata, cerca de Qustul y, por lo tanto, dentro del territorio de la cultura indígena nubia del llamado Grupo A. Este cementerio, denominado Qustul L, fue encontrado y

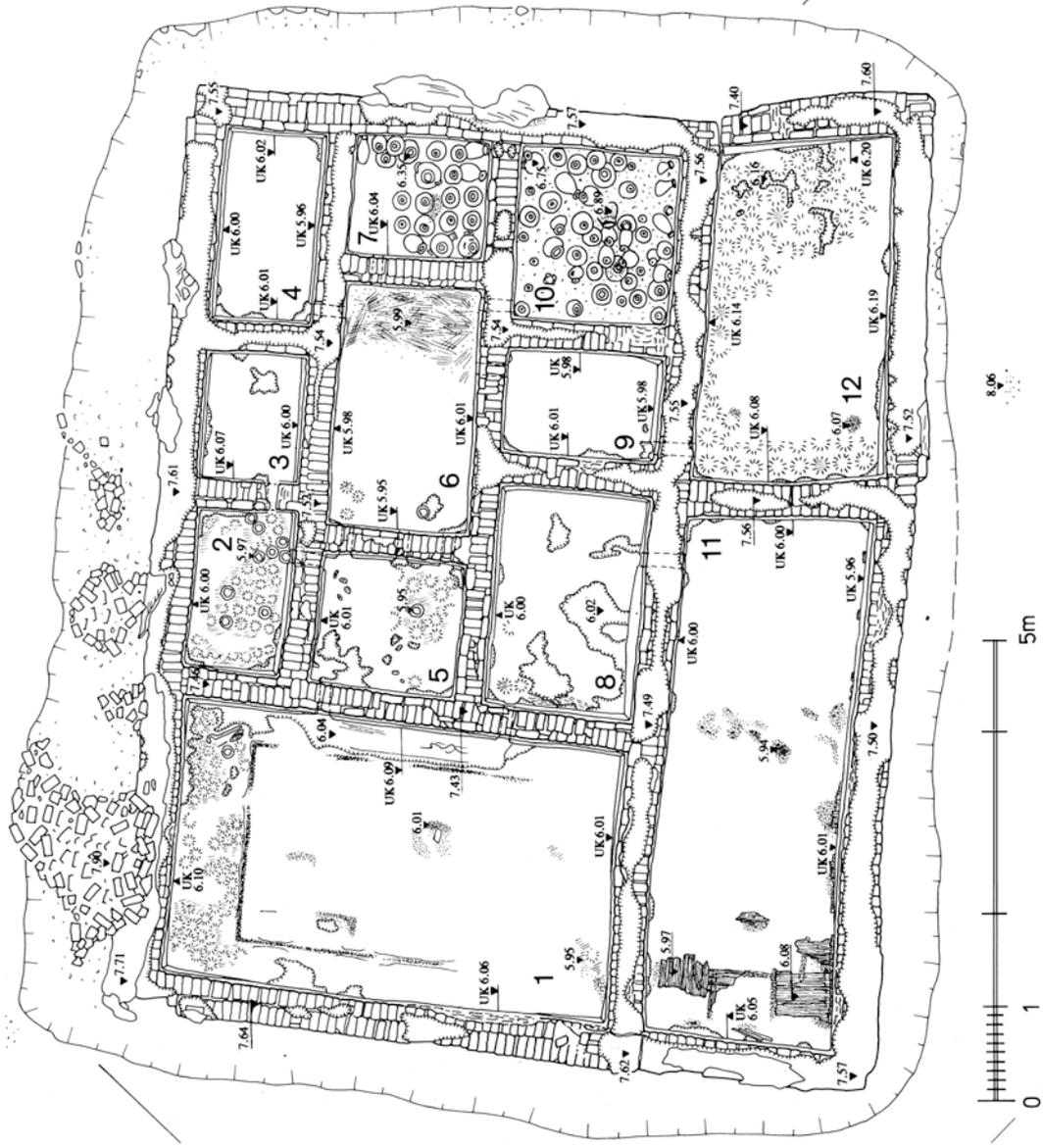


Fig. 6. Plano de la Tumba U-j, en Abydos (tomado de Günter Dreyer, Umm el-Qaab I. Das prädynastische Königsgrab U-j und seine frühen Schriftzeugnisse, Abb. 2. Mainz am Rhein: Philipp von Zabern, 1986).

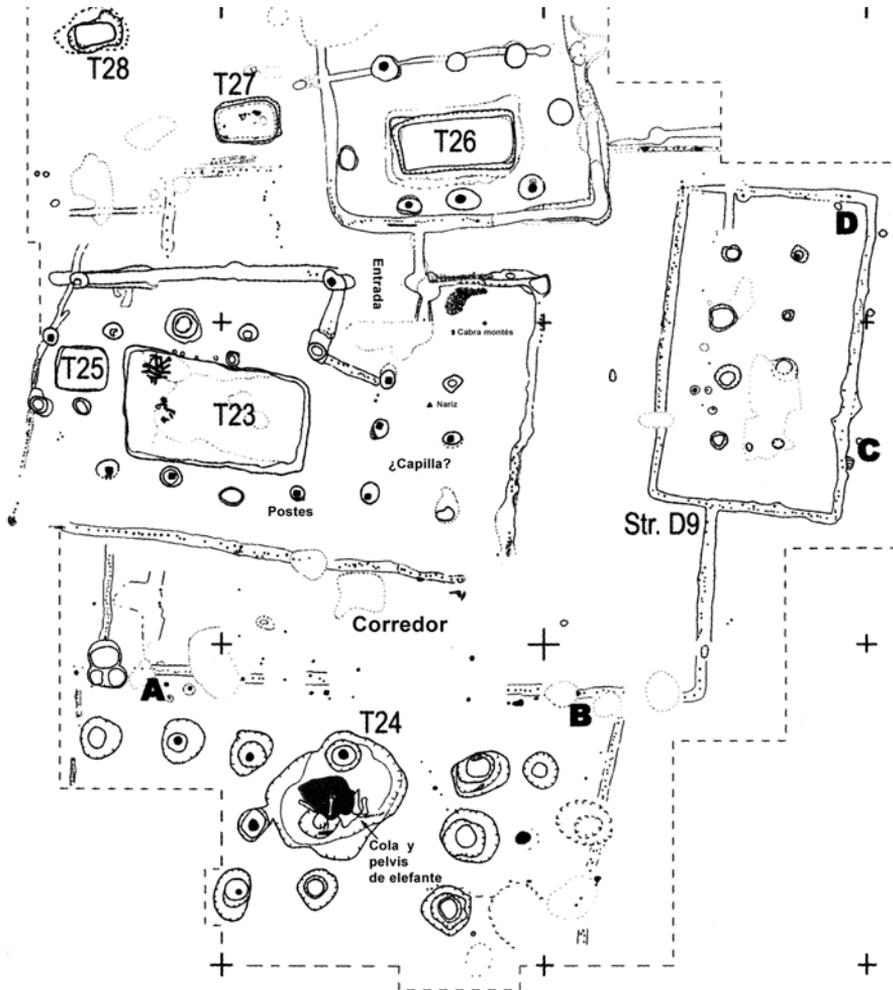


Fig. 7. Tumbas de elite en el Cementerio HK 6 en Hieracónpolis. Los huecos de poste señalan donde estaban las bases de las estructuras que se construyeron (tomado de René Friedman. Bigger Than an Elephant. More Surprises at HK 6, Nekhen News 18, p. 8. London: British Museum, 2006).

excavado en el marco de las campañas de salvataje de la UNESCO, y fue publicado en forma completa como el único de los complejos presentados (Williams 1986). Se trata de un cementerio de elite del Grupo A nubio de la Dinastía 0. Por su forma y tamaño, las instalaciones se parecen mucho a las tumbas reales contemporáneas de Egipto. Su ajuar reúne objetos que atestiguan una cultura de lujo muy elaborada por su calidad extraordinaria, pero que, además, documentan, una gama asombrosa de relaciones a larga distancia.

Al lado del preciado alfar de tipo «cáscara de huevo» de la Baja Nubia meridional aparecen piezas de rica decoración plástica que caracterizan la producción del Neolítico de la Alta Nubia. Además de ello, se cuenta con numerosos objetos importados del Levante, pero también existen piezas extraordinarias, como una inmensa figura plástica de terracota en forma de hipopótamo, paletas cosméticas monumentales, entre otros. La pieza más impresionante consiste de un incensario de tipo nubio que se convirtió en objeto de un debate intenso y controversial en la literatura, ya que en Egipto no se conocen objetos comparables. Fue elaborado a partir un mineral local cuyas áreas de contorno llevan un friso figurativo correspondiente al estilo e iconografía del tiempo de la «unión del imperio» (Williams 1980, 1987; Adams 1985; Fig. 8). Esta pieza debe haberse hecho de mano de un artista egipcio o local formado en la iconografía egipcia para

la demanda local. En cierto sentido, constituye una contraparte al famoso mango de cuchillo de Gebel el-Arak, que lleva una decoración figurativa inspirada en el Cercano Oriente, probablemente ejecutado por un artista de esa región, pero hecho sobre un objeto que corresponde a la tipología egipcia (Sievertsen 1992). El cementerio de Qustul L demuestra en qué medida, sorprendentemente, las poblaciones del sector nubio de la cuenca del Nilo participaron, al menos por un tiempo, en el desarrollo social de sus vecinos egipcios.

5. Las consecuencias

Estos complejos fascinantes deberían exponerse en forma detallada con más contextualización. Fuera de las espectaculares situaciones tratadas, existe material fragmentado —mal excavado pero conocido desde hace mucho— que forma parte de los mismos como, por ejemplo, los cementerios de elite de Naqada T (Kemp 1983) y Sayala, en Nubia (Firth 1927: 201 y ss.), entre otros. Estas evidencias demuestran que los hallazgos recientes no abren terreno virgen, pero ponen énfasis en un campo que ya se esbozaba antes (Kaiser 1982). Debido al marco impuesto a este trabajo, se impide una presentación pormenorizada, por lo que, en vez de ello, el autor se concentrará en algunas consecuencias que resultan de la situación reconocida.

Destaca, sobre todo, el efecto cronológico de estas condiciones. Antes de la monarquía dinástica, se dibuja una historia de elites sociales cuya densidad, coherencia y perfil extraordinario ya no se capta con la construcción de una Dinastía 0; se despliega, más bien, toda una época nueva de poder y complejidad social en el Egipto prehistórico. En el enfoque cronológico está asegurado el paso antes de la mitad del cuarto milenio en Abydos y Hieracónpolis. Sin embargo, su precisión necesaria solo se dará cuando se hayan finalizado las excavaciones pertinentes, así como sus publicaciones respectivas. Ya existen fechados de unos 500 a 600 años antes del inicio de la Dinastía I y no resulta muy atrevido esperar el hallazgo de materiales y contextos aún más tempranos. Este «retroceso» cronológico tiene implicancias fundamentales para la problemática del surgimiento de la sociedad compleja y del Estado en Egipto, ya que acerca los testimonios más tempranos de elites institucionalizadas al fin del quinto milenio, cuando la cultura Naqada se estableció en la cuenca meridional del Nilo. Luego de vincular el surgimiento de las culturas chalcolíticas de esta región con el cambio paleoclimático, el proceso de desertificación del Sahara y la resultante inmigración de grupos de poblaciones de ahí al área del Nilo (Eiwanger 1983), surgen las siguientes preguntas: ¿bajo qué formas de diferenciación social inmigraron estas poblaciones?, ¿qué aspectos de estas formas sociales recién surgieron en esa área?, ¿en qué condiciones económico-ecológicas de este espacio de ocupación se originaron?

Estas preguntas evocan un sorprendente *deja vu*. Wolfgang Helck ya había relacionado —bajo condiciones teóricas hoy en día obsoletas— a la cultura Naqada con el nacimiento del Estado. La consideró como el motor del último con un trasfondo de nomadismo y había insistido en relaciones entre el ornato real faraónico y el traje típico de los grupos de Libia que solo se conocieron más tarde (Helck 1954). Ante el panorama de la situación arqueológica reciente, parece que este complejo debe discutirse de nuevo, con resultados aún no previstos. Otro aspecto importante es la regularidad y la distribución geográfica en las que aparecen estos cementerios de elite. Hoy en día se les conoce en una secuencia continua desde la Segunda Catarata, en el sur, hasta Abydos (Fig. 9) y se tocará, más adelante, el problema del porqué se da una ruptura más hacia el norte. Por el momento, se debe constatar que la presencia de elites exclusivas como rasgo regular y característico de la cultura Naqada en el Alto Egipto se identifica desde, por lo menos, mediados del cuarto milenio a.C.

El enfoque de seguir los ancestros sociológicos de la monarquía faraónica hasta el temprano cuarto milenio a.C. ha sido fructífero. Su debilidad se descubre, en cambio, cuando surge la pregunta por la identificación tipológica de las posiciones de los soberanos reconocibles en sus contextos funerarios. Estas inseguridades se revelan en la terminología tentativa que aparece en la literatura, en la que se les llama jefes (*chiefs*) o protorreyes a los individuos enterrados y a las sociedades como *early state modules*, entre otras expresiones. No solo queda incierto lo que significan estas denominaciones en los casos respectivos —fuera de una vaga posición social destacada—, sino que tampoco se presentan los criterios de las características del papel social.

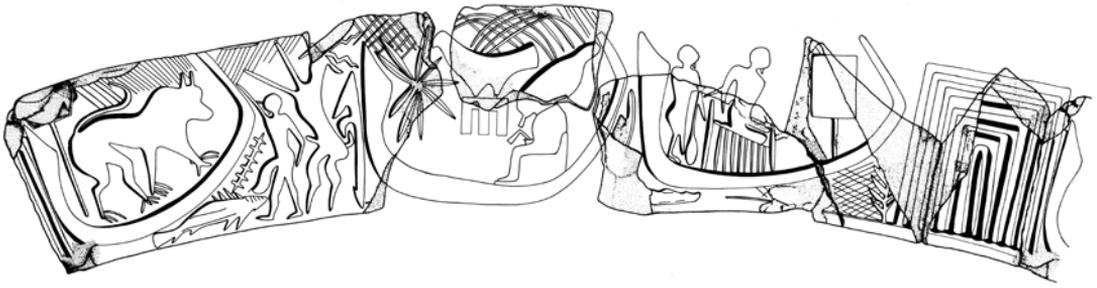


Fig. 8. Friso del incensario de Qustul (tomado de Bruce B. Williams. The University of Chicago Oriental Institute Nubian Expedition. Vol. III, Part 1: The A-Group Royal Cemetery at Qustul, Cemetery L, plate 34. Chicago: University of Chicago Press, 1986).

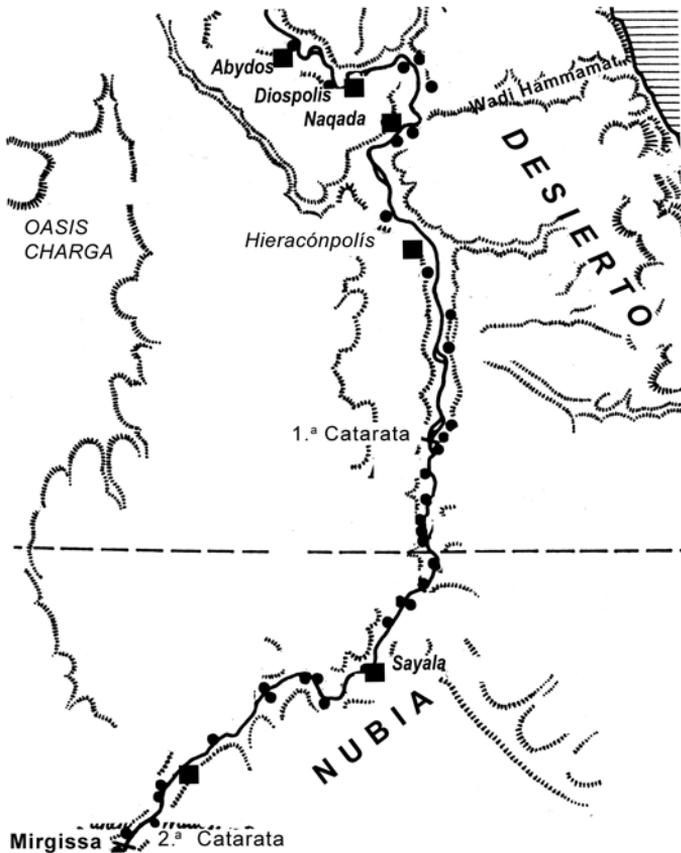


Fig. 9. Distribución de los cementerios predinásticos de elite en las regiones del Alto Egipto y Nubia (elaboración del dibujo: Stephan Seidlmayer).

Las evidencias funerarias son elementales para el aparato ideológico. El entorno ritual, el enterramiento de animales cargados con simbolismo, los motivos figurativos y las piezas de ornato se juntan en la ideología y representación de la monarquía faraónica, pero estos elementos no son significativos en referencia al papel que estas personas tuvieron en sus comunidades. Si algunos individuos usaban insignias, motivos o formas representativas como aquellos de los faraones más tardíos, solo implica que fueron miembros de una línea de ancestros de esa monarquía, pero que, de ningún modo, desempeñaban papeles equivalentes

a los soberanos posteriores. Por ende, los cementerios de elite tempranos y sus contextos asociados solo son indicadores de la existencia de estructuras sociales complejas. Sirven, de igual manera, para esclarecer su estructura y los factores que constituyeron y estabilizaron tales sistemas sociales. En ese sentido, la inserción de las informaciones en relación con las elites tempranas en el contexto mayor de los patrones estructurales y su desarrollo tiene un carácter decisivo. Solo este entorno amplio de estructuras económicas, culturales, sociales y políticas, y sus mecanismos ofrecen la oportunidad de captar, al menos de una manera preliminar, el papel de las elites egipcias del cuarto milenio y la dinámica que condujo a su surgimiento y desarrollo.

6. Lugares centrales y ciudades tempranas

El contexto local y regional en el que surgen las elites tempranas es de relevancia fundamental. De este modo, las ubicaciones de los cementerios de elite egipcios no se deben al azar. Hieracónpolis, Naqada y Abydos se convierten, en la tradición más tardía, en lugares famosos de la monarquía sagrada, pero el intento de llegar a una «autopsia arqueológica» de las condiciones en estos lugares choca pronto con la conocida situación insatisfactoria de la arqueología de asentamientos en Egipto (Seidlmayer e.p. b). Solo en Hieracónpolis se cuenta con una visión, al menos parcial, de las condiciones en la sede de una elite temprana (Quibell 1900, 1902; Hoffman 1982; Hoffman *et al.* 1986; Friedman [ed.] 2007). En esta área, el inicio de la ocupación data ya desde el fin del quinto milenio a.C. En el cuarto milenio demuestra evidencias de una ocupación extensiva que penetra en la desembocadura del Wadi Abu-Suffian (Fig. 10). Parece que todo este terreno amplio no estaba ocupado de un modo compacto; por el contrario, se trataba de caseríos reunidos en grupos que se repartían sobre el área. Pese a ello, se reconoce al lugar como un foco poblacional temprano. Lo mismo se comprueba debido a la presencia del inmenso cementerio del asentamiento de Naqada, además del cementerio de elite Naqada I (Petrie y Quibell 1896).

En Hieracónpolis también se observa una dinámica relevante en la historia de la ocupación durante el cuarto milenio. El área ocupada se contrae y se traslada hacia el terreno fértil y, finalmente, a la ubicación de la ciudad posterior de Hieracónpolis situada sobre el abanico aluvial delante del Wadi Abu-Suffian, un lugar seguro de las inundaciones sobre la cuenca (Hoffman *et al.* 1986). Una contracción parecida se observa en la historia ocupacional de Abydos (Kemp 1977; Seidlmayer 1996). Este tipo de transcurso de ocupaciones debe tratarse sobre dos trasfondos. Por un lado, importan los cambios ecológicos. Como resultado del proceso de desertificación incrementada —quizá también debido a la sobreexplotación antropogénica— los biotopos del borde del desierto se degradaron y tornaron improductiva la economía de recolección y de pastoreo. Debido a estos factores, el modo extensivo de ocupación perdió su sentido. Se dio inicio a un foco de intensificación mayor de estrategias de subsistencia en la cuenca del valle y en el cultivo en terrenos destinados para la irrigación ubicados en el relieve natural. Un segundo factor de la concentración ocupacional reside, probablemente, en la necesidad de seguridad en vista de una situación cada vez más caracterizada por la competencia y el conflicto militar en la parte tardía del cuarto milenio a.C. A primera vista, se constata que los asentamientos que muestran indicios de elites tempranas se ubican en centros de poblaciones y gérmenes de ciudades tempranas. Aún no es posible determinar el aspecto de estas, por lo que se ignora si estaban fortificadas. No se dispone de evidencias correspondientes procedentes de excavaciones, pero otros indicios —entre ellos la iconografía— lo sugieren con bastante probabilidad (Seidlmayer e.p. b).

Otro elemento importante de las ciudades tempranas eran los emplazamientos rituales. Los citados cementerios de elite conformaban una faceta relevante en esta área, pero había otras. En Hieracónpolis existe también un centro palaciego y ritual aproximadamente del tiempo de la Tumba Pintada, y que constituye un precursor de las instalaciones rituales morfológicamente reales del antiguo Imperio Temprano; por ello, parece ser legítimo ubicarlo en el contexto del palacio de un soberano temprano (Friedman 1996; Fig. 11). Los templos, sobre todo, pertenecen al perfil de estas ciudades tempranas (Bußmann 2007). Los depósitos con material votivo y los restos de objetos de ajuar monumental demuestran la suntuosidad de estas estructuras. Además del caso de Hieracónpolis, el templo temprano de Coptos —al frente de Naqada—, con su escultura monumental y su cerámica ritual con decoración en relieve, es un ejemplo sobresaliente

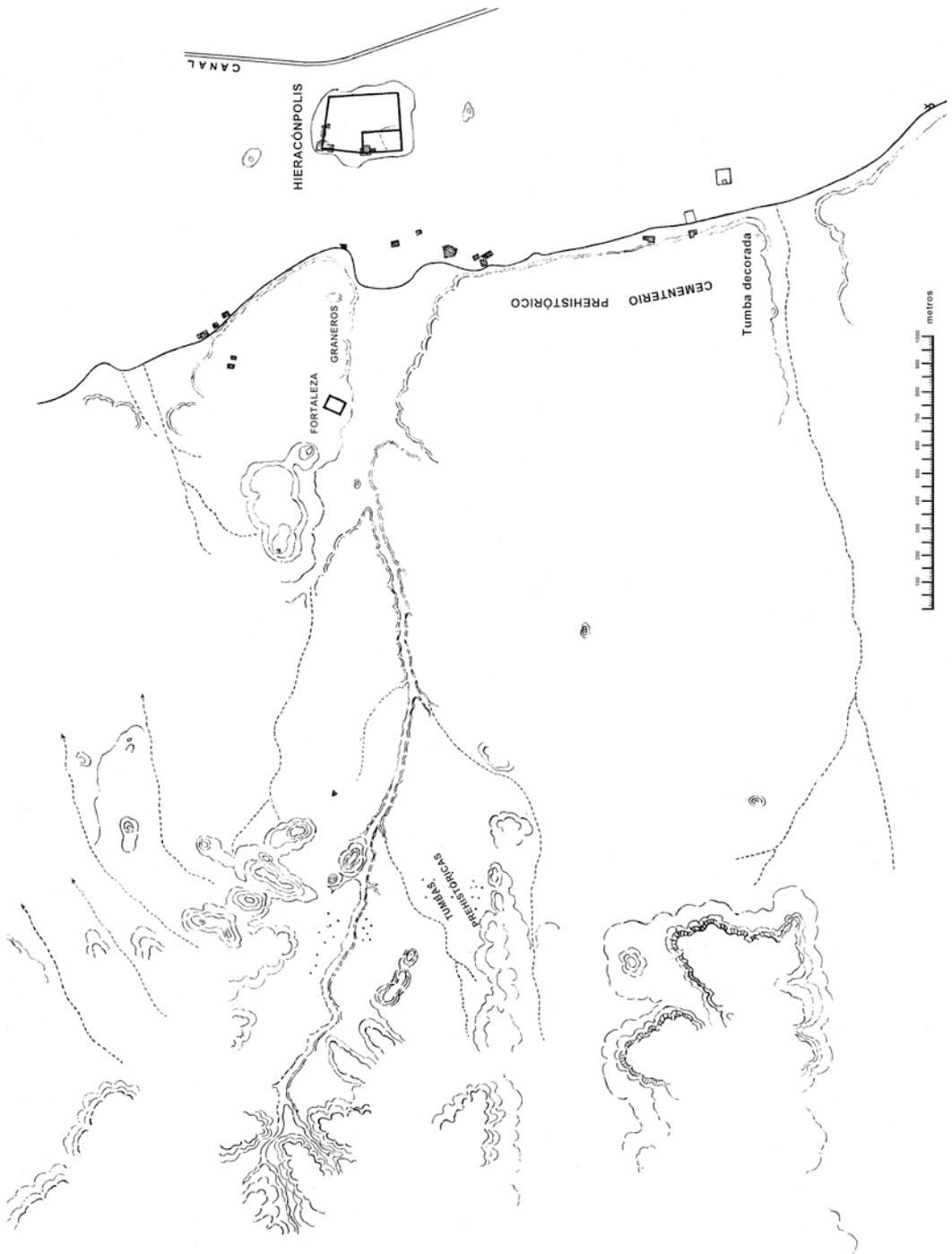


Fig. 10. Plano del complejo de Hieracónpolis. El cementerio de elite HK 6 se encuentra muy hacia el este, en el valle desértico (tomado de James Quibell. Hierakonpolis, Part II, plate 73A. London: 5th Memoir, Egyptian Research Account. London: Bernard Quaritch, 1902).

de ello (Williams 1988; Adams 1986). Estas piezas también indican qué papel fue desempeñado por los miembros de la elite temprana en la instalación de estos templos una vez que aparecieron las primeras inscripciones.

En este breve esbozo se advierte que el perfil arqueológico de estos yacimientos es extraordinario. Con el fin de poder apreciar este caso en toda su extensión, se requiere de una visión del entorno aldeano. Solo si un foco de población temprano se puede ubicar en su marco aldeano y su relación con el mismo, su clasificación como lugar central se justifica. Tal procedimiento es posible en principio. Se han excavado algunos asentamientos en forma de aldeas de tiempos predinásticos (Brunton y Caton-Thompson 1928: 43-48), pero están afectados más que las ciudades por el traslado del mencionado foco de ocupación en la cuenca del valle. Pese a ello, las comunidades aldeanas pueden ser captadas tipológicamente por sus áreas funerarias en la franja plana desértica (Seidlmayer 2006). De esta manera, se constata que los lugares centrales tempranos fueron insertados en un entorno aldeano con un perfil marcadamente diferente, en el que estaban ausentes las características de la concentración de ocupación, el aparato simbólico y, por lo tanto, la complejidad social.

7. Tecnología y economía

Sería concluyente poder presentar en forma material las relaciones de intercambio y de dominio entre los lugares centrales y las comunidades de su entorno, como, por ejemplo, la participación o no participación de las comunidades aldeanas en la elaboración de productos artesanales como el metal, las vasijas de piedra y la cerámica, que proceden de talleres especializados y, por lo tanto, no locales. Este campo de estudio, que podría encontrar una base productiva en el material arqueológico disponible, no ha sido considerado debidamente aún. No obstante, vale la pena contemplar, de manera breve, el progreso del perfil tecnológico y económico de la cultura Naqada en el cuarto milenio. En este contexto, además de enfocar el surgimiento de la cultura del lujo en el entorno de las elites, se debería abordar el problema del modo cómo se desarrollaron las tecnologías y las formas de producción de relevancia social general.

Es de lamentar que los parámetros económicos de las tempranas ciudades no cuenten con estudios apropiados. Al menos existen informes de talleres artesanales especializados en los que se perforaron cuentas de adorno en gran escala. Existen, también, hornos para la elaboración de una especial cerámica anaranjada pulida. En instalaciones para la fabricación de malta, se produjo cerveza en gran escala, una bebida que fue parte del alimento básico en el Egipto antiguo además del pan (Geller 1992). Este último punto es de especial interés, ya que señala la producción centralizada de alimentos, en particular aquellos repartidos entre individuos dependientes ocupados en labores organizadas.

Ya que los contextos *in situ* no se estudiaron y/o publicaron en forma satisfactoria, es preciso proporcionar una base más general al argumento. En el curso del cuarto milenio, y en particular hacia su final, se observa un cambio decisivo en la tecnología cerámica. Se comenzaron a usar arcillas residuales (margosas) que garantizaban un producto más duradero y compacto —si bien con más esfuerzo de elaboración— que la cerámica hecha de la arcilla del Nilo. De esta manera, esta innovación permitió el empaque y el transporte de alimentos a gran escala sobre tiempo y espacio (Seidlmayer e.p. a). Por lo tanto, el desarrollo de la técnica cerámica se entiende también como reflejo del progreso de la tecnología alimenticia. En ese sentido es preciso analizar todo el conjunto completo de los materiales arqueológicos para encontrar indicios de especialización artesanal e innovación. Una evidencia destacada se encuentra en el campo de la metalurgia. Resulta lógico el hecho de que la cantidad de herramientas de metal quede subrepresentada en el conjunto de hallazgos, pero su existencia y su distribución se dejan deducir por el reflejo de la tecnología del sílex. Por un lado, se observa una reducción de la gama de herramientas líticas a unos pocos tipos de cuchillos durante el cuarto milenio, lo que lleva a la conclusión de que otras herramientas de metal fueron producidas para reemplazarlas. Por otro lado, aparecen formas inspiradas en los objetos de metal.

Este vasto campo del desarrollo del perfil tecnológico de la cultura material en el curso del cuarto milenio y su interpretación en relación con las estructuras sociales que forman su base aún deben definirse mejor, pero ya se prevé que tal proyecto producirá resultados relevantes. Asimismo, se reconoce la amplitud del repertorio de la cultura material —sobre la base de productos utilitarios—, lo que determina una economía basada en los resultados obtenidos por diversas formas de producción y de acondicionamiento

cada vez más complejos en términos técnicos. La situación de la evidencia que se esboza de esta manera permite plantear la hipótesis de que las relaciones sociales, y los vínculos entre aldeas y lugares centrales del cuarto milenio ya estaban caracterizadas por la adquisición de productos especializados de manufactura centralizada por un lado y, por otro, por la transferencia de los excedentes de la producción agraria de las aldeas a los lugares centrales en términos de un sistema redistributivo temprano.

Conviene insertar algunos comentarios acerca de las bases agrarias de esta economía. Estas deben caracterizarse por extrapolaciones modélicas debido a la ausencia de evidencias arqueológicas directas de agricultura, como campos de cultivo, canales, entre otros. En primer lugar, se debe comentar la producción de excedentes agrarios como precondition de las relaciones de intercambio reconstruidas. Desde la perspectiva de la antropología cultural, una economía que produce excedentes agrarios no constituye una norma, pero el caso egipcio hay que entenderlo por la particular dinámica de su agricultura —sin impulsos externos— y por sus condiciones contextuales. El riesgo de las inundaciones irregulares del Nilo motivó al campesino a producir excedentes por interés propio con el fin de contrapesar años venideros de baja producción (Seidlmayer 2001). Por lo tanto, el inicio de la producción de excedentes se explica por el manejo del riesgo de la agricultura de inundación. Luego, es preciso comentar la hipótesis hidráulica de Wittfogel (*hydraulic hypothesis*), es decir, la idea de estructuras de poder surgidas sobre la base de la necesidad de mantener instalaciones con este tipo de mecanismos. La egiptología se ha alejado por completo de este conjunto de nociones, si bien este alejamiento no ha sido constatado adecuadamente fuera de la disciplina. De hecho, existe buena documentación y consenso acerca de la existencia de una temprana irrigación sin intervención técnica, y que tuvo como base el relieve natural de la cuenca del río creado por cambios del curso del agua (Butzer 1976: 4 y ss.). Mejoramientos técnicos por medio de diques, canales y otras instalaciones ganaron importancia mucho más tardíamente, quizá a fines del tercer milenio, y aun ahí se mantuvieron siempre en una escala regional reducida (Schenkel 1977; Endesfelder 1979). Un control arbitrario del Nilo y sus corrientes como base del ejercicio del poder fue y sigue siendo imposible.

8. Relaciones suprarregionales

Mientras que este aspecto de interacción entre lugares centrales y sus entornos regionales fue estudiado en forma algo deficiente, las relaciones suprarregionales de este tipo de sitios y las establecidas entre ellos ha merecido mucho más atención. En su distribución geográfica se percibe cómo una cadena de esta clase de complejos desde la Segunda Catarata hasta Abydos en la segunda mitad del cuarto milenio a.C. El hecho de que no se trata de la existencia casual de lugares aislados, sino que está relacionada con contactos intensivos de intercambio, se desprende claramente de los ajuares de las tumbas de elite. Estas ostentan una multitud de bienes de importación directa que cubren un área desde el Levante hasta la Segunda Catarata del Nilo, como se mencionó antes. Más allá de ello, la decoración de estas tumbas en las tradiciones iconográficas y el estilo de una cultura caracterizada por el lucro muestran un sistema de valores divididos y formas de vida de elites en esta vasta región.

Las fuentes arqueológicas disponibles del conjunto conocido de estas tumbas de elite dificultan una visión de la autorreferencialidad de la comunicación elitaria. Pese a ello, se debe cuestionar si los contactos entre los tempranos lugares centrales se limitaron al intercambio de bienes de lucro, así como de materias primas y el conocimiento de la producción de bienes de lucro, o si el comercio suprarregional tenía un carácter mucho más envolvente al involucrar al núcleo mismo de la cultura material, con lo que adquiriría su justificación debido a la necesidad. De hecho, existen indicios para responder a esta pregunta y, en particular, es preciso indicar las condiciones en la Baja Nubia. En la segunda mitad del cuarto milenio a.C. se observa un ingreso significativo de bienes egipcios en el área de la población del Grupo Nubio A en forma de la presencia masiva de cerámica de ese estilo. Este ingreso es tan marcado que la cerámica egipcia se establece como elemento regular en el repertorio de dicho grupo (Nordström 1972; Fig. 12). Es evidente que no se intercambiaban los recipientes como tales, sino los alimentos de su contenido original. En vista de las restringidas bases económicas del sector nubio del valle, semejante ingreso de alimentos adquiriría una relevancia fundamental (Adams 1977: 41 y ss.).

Como contraparte de estas importaciones, se tiene que pensar en materias primas, entre ellas, probablemente, el cobre, que fue traído a Egipto desde el Sinaí y del Negev, así como del área alrededor de la

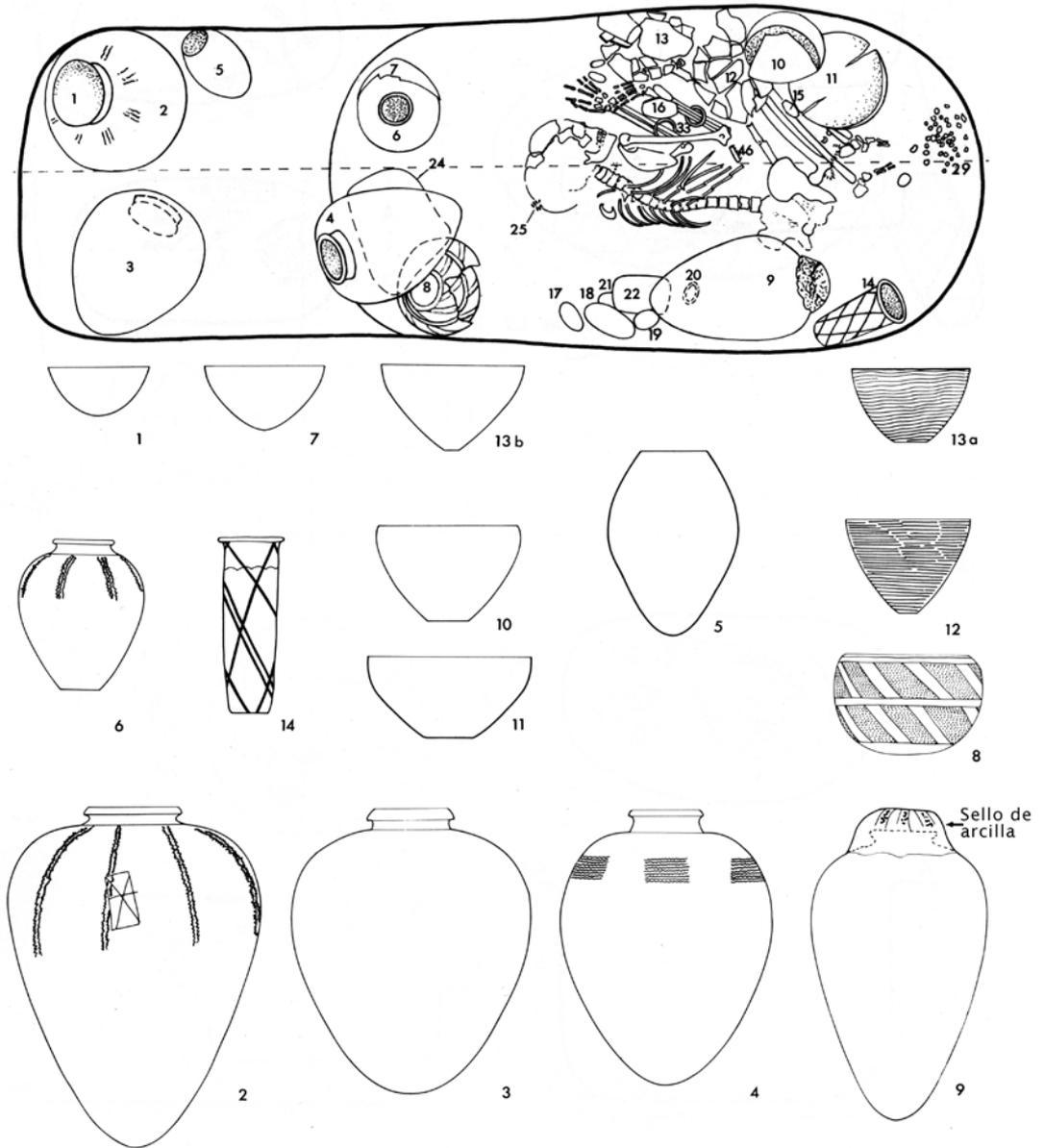


Fig. 12. Entierro nubio en el área de la Segunda Catarata del Nilo, con cerámica egipcia importada asociada (tomado de Hans-Åke Nordström. Neolithic and A-Group Sites. Scandinavian Joint Expedition to Sudanese Nubia, vol. 3, plates 88-89. Stockholm: Scandinavian University Press, 1972). Reproducido con el permiso de Hans-Åke Nordström.

Segunda Catarata, de lo que existen muchos indicios (El-Gayar y Jones 1989). Este comercio de cobre por alimentos debió haber sido importante tanto para las poblaciones de Egipto como de Nubia más allá del grupo reducido de elites. En general, el campo del intercambio suprarregional en el Egipto del cuarto milenio podría discutirse sobre una base mucho más amplia al incluir, por ejemplo, vasijas de piedra, moluscos y piedras semipreciosas para la manufactura de adornos y de amuletos, entre otros. Todas estas evidencias apoyan la visión de un sistema de redes de intercambio suprarregional bastante rico y de extensión geográfica muy vasta en tiempos bien tempranos.



Fig. 13. Sello cilíndrico temprano con el diseño de diversos animales (tomado de Peter Kaplony. Die Inschriften der ägyptischen Frühzeit, Tafel 25. Wiesbaden: Otto Harrassowitz, 1963).

9. Las elites tempranas en su contexto

El esbozo presentado de estructuras económicas permite colocar a las elites tempranas en su contexto social, al menos en forma de un modelo. En realidad, se dejan reconstruir dos círculos de bienes de alcances geográficos diferentes en vista de los desarrollos económicos y tecnológicos. Por un lado, se puede diferenciar un horizonte regional entre aldeas y lugares centrales en el que se intercambiaban productos agrarios por productos especializados. A escala suprarregional, el intercambio se concentraba en materias primas y productos, pero, en ambos casos, su realización no sucedía sin problemas. Bienes y necesidades no aparecían en forma simétrica en su curso temporal ni en su volumen material. La producción especializada tenía una magnitud que un solo cliente no podría absorber. Asimismo, el comercio suprarregional con materias primas —como, por ejemplo, lingotes de cobre— precisaba de socios que aceptaran tanto volúmenes más allá del consumo inmediato como una contraparte más allá de lo disponible en el marco doméstico con el fin de ser rentable. Debido a ello, se requería de la existencia de una instancia que sincronizara las discrepancias cronológicas y cuantitativas de la producción, el consumo, la compra y la contraprestación y, para lograrlo, se necesitaba la capacidad de centralizar, almacenar y distribuir bienes, así como la organización de servicios técnicos.

La presencia de estos procesos se comprueba por un aspecto de los testimonios arqueológicos aún no mencionados: el surgimiento de sistemas tempranos de marcas antes del nacimiento de la escritura. En la estereotipificación de imágenes, el establecimiento de marcas y la aparición de sellos tempranos se perciben, por primera vez, medios de almacenamiento de información esencial en el marco de las prestaciones de sincronización aludidos (Engel 1997; Graff 2004; Fig. 13). Es de suponer que se puede localizar esta prestación en la organización de la circulación de bienes en el entorno doméstico de las elites tempranas. Las evidencias arqueológicas demuestran, de manera clara, cómo este círculo de la población manejó los volúmenes y las calidades de bienes que se tratan aquí. Si se observa esto desde una perspectiva temporal más amplia, llama la atención que la economía palaciega de los reyes del Imperio Antiguo se ocupaba, precisamente, de estas prestaciones. Con ello, el modelo propuesto está fijado, también, en su perspectiva histórica.

En esta hipótesis también se podría ver un acercamiento al problema de la aceptación y la legitimidad de las elites tempranas; en todo caso, proporciona la idea de una ventaja para toda la sociedad. De este modo, las formas de poder que se estaban estableciendo también tendrían sus raíces en una funcionalidad constructiva. Por otro lado, no se debe olvidar —y quizá ahí radica el aspecto más crucial— que esta función clave de las elites las libró de cualquier control, con el resultado de un beneficio mayor que ellas obtuvieron en comparación con otros grupos. Con ello se relaciona el ingreso en un desarrollo de una asimetría social drástica que caracteriza a la cultura faraónica de un modo espectacular.

10. El Medio y el Bajo Egipto

En esta discusión del nacimiento de la sociedad compleja y del Estado en Egipto se ha excluido hasta ahora el valle medio y bajo del Nilo pese a que el concepto tradicional de la unificación del imperio y el propio nacimiento del Estado lo sitúa en la competencia entre dos imperios que tenían el predominio en cada una de sus regiones. Además de ello, y fuera de estos constructos, el Bajo Egipto y el Medio Egipto presentan la parte más extensa y más rica del espacio económico y social del territorio en cuestión. Por lo tanto, el acercamiento de la investigación arqueológica a estos campos constituye un postulado fundamental, ya que es el único que podría proporcionar las bases para una discusión empírica.

El hecho de que el mapa arqueológico del Medio y Bajo Egipto muestre una ocupación esporádica tiene sus razones sustanciales. Ya Kaiser y Butzer habían demostrado para el Medio Egipto, al norte de Assjut, cómo la morfología del perfil del borde del valle llevó a que se afectaran aún más las áreas funerarias en la franja plana desértica debido a la acumulación constante de la cuenca del Nilo (Kaiser 1961). Asimismo, la arqueología de la desembocadura de ese importante río se convierte en una tarea metódica y técnica sumamente compleja por la dinámica del paisaje fluvial. No obstante, la investigación arqueológica en esa zona ha ocupado el nivel más alto, en la actualidad, en lo que a trabajos de excavación se refiere y se efectúa con éxito extraordinario respecto de resultados relativos a la prehistoria y al tiempo predinástico. Sin embargo, en vista de los déficits existentes, aún no se puede hablar de una consolidación relativa de la imagen arqueológica, pero si se permite la discusión de dos conjuntos temáticos.

En una primera etapa, la investigación se enfocó en la heterogeneidad de las culturas arqueológicas del Alto y del Bajo Egipto. Ya se sabe, desde hace mucho tiempo, que los sitios tempranos del norte —como, por ejemplo, Merimda, Maadi o el-Fayyum (Midant-Reynes 1992: 101 y ss.)— ostentan un perfil distinto en cuanto a cultura material, costumbres funerarias, entre otros, que la cultura Naqada, característica para el Alto Egipto (Fig. 14). Nuevas evidencias relacionadas con la historia de la ocupación humana y del clima del Sahara oriental muestran que la variabilidad original de las culturas del valle del Nilo se debe al proceso de su poblamiento. A consecuencia del proceso de desertificación del Sahara oriental, grupos de poblaciones de las estepas de áreas que, en la actualidad, pertenecen al desierto fueron obligados a trasladarse al valle del Nilo, por lo que ahí se reflejó la diferenciación de las culturas arqueológicas del espacio sahariense (Eiwanger 1983). Durante el transcurso del cuarto milenio, se constata cómo la cultura Naqada se expande, paulatinamente, sobre todo Egipto, mientras que las del norte se extinguen (Kaiser 1957). Por un tiempo, pareció que el surgimiento de la cultura Naqada en la desembocadura coincidía con el surgimiento de un Estado territorial, de modo que su expansión parecía correlacionarse con el proceso político de la «unificación del imperio». Sin embargo, estudios más recientes en Minshat Abu Omar y Tell el-Farain han demostrado que dicha cultura ya había aparecido poco después de la mitad del cuarto milenio en la desembocadura del Nilo y, por lo tanto, mucho antes de la época dinástica (Von der Way 1993: 77-92; Kroeper 1994: xiv). Esto se ha inferido por la existencia de contactos estrechos entre las comunidades del Bajo y del Alto Egipto en su repertorio material (Rizkana y Seeher 1987: 66-73).

La formación de una cultura arqueológica uniforme en todo el Egipto tiene que separarse de cualquier proceso de establecimiento de un sistema político mayor; no obstante, no se debería descartar su relevancia. ¿Cuál fue la fuerza que motivó la expansión de la cultura Naqada? El tratar de explicarla con un proceso demográfico resulta poco probable, ya que se tiene que partir del hecho de que estas áreas ya estaban pobladas antes, lo que, al menos, es muy posible. La expansión de una cultura arqueológica se debe más, probablemente, al establecimiento de un modo de vida uniforme, es decir, de formas sociales comparables, de estrategias económico-ecológicas semejantes y de sistemas simbólicos equivalentes —por ejemplo, en el ámbito del culto a los muertos— que se habían formado en la primera mitad del cuarto milenio. Como consecuencia de ello, este proceso es indicio de la formación de una red sociocultural intensiva que ya existía y de una comunicación de comunidades sociales en el temprano cuarto milenio como base de una fusión sociocultural adicional más profunda del país.

El segundo conjunto de problemas surgido en la arqueología del Bajo Egipto se relaciona con las estructuras existentes y las funciones de esta parte del país durante la segunda mitad del cuarto milenio. ¿Existieron complejos centrales como en Hieracónpolis o Abydos/Thinis? Se están buscando, de forma

intensiva, indicios respectivos como, por ejemplo, en Tell el-Farain/Buto (Hartung *et al.* 2007) o en Tell el-Farcha (Cialowicz 2006; *cf.* <http://www.farkha.org/>). Ahí fueron encontrados exvotos espectaculares en un santuario temprano que justificarían la interpretación de un lugar central en el Bajo Egipto. Probablemente, este problema del desarrollo sociopolítico en la desembocadura del Nilo debe entenderse como la tarea arqueológica de actualidad más palpitante. En todo caso, los intensivos contactos comprobados entre el Levante y hacia Mesopotamia en forma de cerámica importada, pero también reflejados en la iconografía temprana, demuestran que las redes de intercambio que existían en forma muy densa en el espacio del Alto Egipto y de Nubia alcanzaron, en el norte, hasta el Cercano Oriente y abarcaban, por lo tanto, todo el valle del Nilo. Esto incluye el comercio terrestre al Sinaí y al Negev para la obtención de cobre, como también el comercio marítimo con el Levante. En esencia, hay indicios para suponer que en el norte también existieron estructuras y desarrollos similares a los claramente comprobados en el Alto Egipto.

11. Sociedad compleja y Estado

Los resultados de excavaciones recientes han abierto un amplio espacio cronológico antes del inicio de la monarquía dinástica para la discusión acerca del nacimiento del Estado en Egipto. El proceso de la formación de estructuras sociales se deja seguir por unos 600 años anteriores. Sin embargo, esto no significa que el complejo de evidencias de la formación del Estado debería remontarse históricamente como un bloque temporal. Para usar el lenguaje de la tradición posterior, no se tiene que ubicar un rey Menes en el cuarto milenio. El establecimiento de la Dinastía I en la última parte del cuarto milenio se reconoce ahora como punto final de un largo proceso y, con ello, se llega al problema crucial de las razones para el surgimiento de este acontecimiento histórico desde el proceso anterior y del modo cómo está involucrado con este.

Sobre la base de las evidencias arqueológicas, la formación de un Estado territorial mayor en Egipto se vincula con la dinámica de los lugares centrales anteriores, ya que su distribución permite constatar un desarrollo diacrónico (Kaiser 1982). De acuerdo con el estado actual de conocimientos, se distinguen tres fases (*cf.* Fig. 9). En una primera etapa de la primera mitad del cuarto milenio a.C., se percibe la formación de dichos lugares. En la segunda mitad del cuarto milenio se inició una fase de expansión en la que se dio la red suprarregional descrita, con irradiación hasta Nubia. Finalmente, el sistema entra en una fase de concentración en el último cuarto del cuarto milenio, cuando los nudos de esta red se disolvieron paulatinamente hasta que solo quedaron los soberanos de Abydos como reyes de todo Egipto. Este punto final de contracción de la red de lugares centrales en Egipto es idéntico al surgimiento del Estado territorial panegipcio de la Dinastía I. Se desconoce cómo sucedió, en forma concreta, sobre todo para el Medio y el Bajo Egipto, pero no se debe olvidar que, precisamente, el lapso durante el que el proceso llega a su culminación está asociado con testimonios representativos caracterizados por una iconografía abiertamente agresiva: el mundo del imaginario del llamado tiempo de la unificación del imperio (Asselberghs 1961). Por otro lado, no se discute que la interpretación de estas imágenes como historia de sucesos reales es muy débil. En ningún caso se puede constatar con seguridad de quién o de qué Estados regionales egipcios o de posibles grupos de poblaciones vecinas se trata en concreto como actores de los combates (Asselberghs 1961: *plate* 92), pero semejante enfoque histórico de dichos supuestos eventos desconoce el carácter nuclear de estas representaciones. Estas significan, precisamente, que los combates han sido llevados al espacio metafórico del mundo animal (Fig. 15) o de los poderes sobrenaturales, y que no se trata de la documentación de acontecimientos efectivos, sino que apuntan hacia la expresión de la potestad de ejecución de violencia del ámbito estatal. De hecho, la ideología de la monarquía faraónica enfoca la figura del faraón, en forma permanente, como instancia ejecutiva de violencia. Por lo tanto, el autor se inclina por la reflexión de que es justificado pensar en una dinámica de competencia y de conflicto entre los tempranos soberanos egipcios detrás de las evidencias del sistema de lugares centrales, pese a que estos sucesos no se dejan documentar directamente.

La pregunta decisiva que requiere su respuesta ante el trasfondo del largo desarrollo del Estado en Egipto es la equivalencia cualitativa o la diferencia entre las formas tempranas de sociedades complejas y el Estado territorial del tiempo dinástico. Es evidente la diferencia en las dimensiones de los emplazamientos o lugares centrales de poder en contraste con los del Estado dinástico. Asimismo, está claro en qué medida las estructuras que caracterizaron el Estado faraónico al inicio de la Dinastía I ya estaban en proceso de



Fig. 14. Entierro correspondiente a la cultura Maadi del Bajo Egipto, con objetos asociados sencillos (tomado de Ibrahim Rizkana y Jürgen Seeher. Maadi I: The Pottery of the Predynastic Settlement, plate 20. Mainz am Rhein: Philipp von Zabern, 1990).

formación en las capas históricas más tempranas. Si este carácter «preformado» del Estado egipcio se contempla en retrospectiva, se dejan reconocer varias capas. En primer lugar, se debe mencionar la especificidad de las condiciones geográficas, en especial la del valle del Nilo como espacio ecológico, de tráfico y de contacto, nacida ya antes del cuarto milenio debido a la desertificación del Sahara, por lo que se convirtió en un espacio cultural en toda su extensión. La influencia de estas características geográficas, en el sentido de posibilitar una organización cultural, social y política uniforme en los límites de esta región es, sin duda, fundamental. Como segunda capa de esta preformación está la unidad étnico-cultural del espacio. La fusión de las tradiciones de las culturas egipcias del Egipto predinástico —que fueron heterogéneas en sus inicios hasta su configuración uniforme en la cultura Naqada, alrededor de la mitad del cuarto milenio— fue entendida por Kaiser, con razón, como la expresión de un proceso unificador del país: el nacimiento del Estado (Kaiser 1957).

El carácter preconfigurado del Estado faraónico se reconoce, sobre todo, por los hallazgos recientes en un sentido sociopolítico y económico. Esto vale, por un lado, para el establecimiento de módulos locales y regionales de complejidad social y económica con los formatos asociados de una expresión simbólica y de construcciones legitimadoras. En este trabajo, a estos módulos regionales se les ha llamado lugares centrales, pero, con el objeto de obtener una conexión con la discusión comparativa, sería necesario denominarlos como ciudades-Estado. Desde esta perspectiva, también en Egipto se deja reconocer una fase en que los ciudadanos tenían que concretar su pertenencia al Estado, algo que, en este caso, solo tuvo un carácter transitorio. Resulta decisiva esta naturaleza preconfigurada de las formas políticas dentro de estas ciudades-Estado, pero es válida, también, en una escala superior. La inclusión de estas ciudades-Estado en redes suprarregionales cubrió todo el territorio y la función de comunicación cultural y económica que fue adoptada por el Estado faraónico fue establecida en una medida esencial. La expansión y las funciones que alcanzó este en tiempos faraónicos no se formaron con él, sino que ya habían existido antes como función de la red de unidades políticas menores. Si la investigación en Egipto quiere captar la formación propia de formas estatales y de sociedades complejas, debe dirigirse a la constitución de estos centros regionales y de su inserción en redes antes de la mitad del cuarto milenio con el fin de esclarecer su estructura social, política, económica e ideológica. Ante el trasfondo de este diagnóstico, se debe separar el surgimiento de formas complejas sociales, culturales y económicas de su constitución política. El conjunto de procesos históricos a fines del cuarto milenio, que culminó en el establecimiento del Estado territorial egipcio, no es, simplemente, idéntico al surgimiento de la complejidad sociocultural. Parece tratarse tan solo de un proceso de escalamiento ascendente de formas políticas, en el que la institución del Estado sube desde una escala media de una red social, económica y cultural a la cúspide de este sistema, la que ya se había adelantado en su expansión geográfica y sus logros económicos y políticos al espacio de acción del «verdadero»



Fig. 15. El rey representado como león en el campo de batalla (tomado de William Matthew Flinders Petrie. Ceremonial Slate Palettes. Corpus of Proto-Dynastic Pottery: Thirty Plates of Drawings, plate E. London: British School of Egyptian Archaeology/Bernard Quaritch, 1953; reproducido con el permiso del Petrie Museum of Egyptian Archaeology, UCL).

Estado faraónico. Con esta interpretación de la situación concuerda, también, la evidencia de que la última etapa del desarrollo social, la formación del Estado territorial que cubre todo el país, se caracteriza, precisamente, por fenómenos que preparan el camino hacia el incremento del sistema de una *carrying capacity* comunicativa y, por lo tanto, de la emancipación respecto del vínculo de estructuras de cercanía regional.

Queda evidente que la escritura, ya plenamente formada en este tiempo, ocupa una posición preferencial (Kahl 1994). Con ella se vinculan formatos explícitos de la estructura administrativa —visible en un sistema de titulaturas y de secciones— que independizó papeles administrativos adscritos de su estatus de procedencia (Fig. 16). Por último, se trata de la ampliación de formatos ideológicos, en particular un enfoque en la monarquía sagrada, cuya especificidad radica, precisamente, en su liberación de nexos locales con lugares de culto determinados, en contraste diametral con los cultos de divinidades locales. Esta condición parece ser esencial para desligar los constructos de organización y de legitimación estatales de sus vínculos de procedencia de ciudades particulares y, mediante ello, dar el paso de la ciudad-Estado al Estado territorial (Seidlmayer e.p. b).

Todas estas líneas de evolución se dejan vincular con el proceso de *escalamiento* por el que pasan las estructuras sociales y políticas complejas sin necesidad de estar relacionado con su *formación* básica. Si de esta manera surge la necesidad de evaluar de nuevo el momento del establecimiento de la monarquía faraónica que la tradición coloca en un complejo central, esto no concuerda en absoluto con una disminución del interés científico en este periodo. Tal interés se visualiza tanto en el estudio de los factores que permitieron el expuesto proceso de escalamiento ascendente como en las consecuencias de estos cambios del sistema que merece, sin duda, un rango cualitativo. Vale la pena concentrarse en estas consecuencias posteriores del Estado establecido. El autor reflexiona, sobre todo, acerca de la historia posterior de los módulos regionales en el contexto del gran conjunto estatal. Se puede demostrar que los lugares centrales antiguos no siguieron existiendo, simplemente, como unidades de un nivel más bajo en la totalidad del Estado. Más bien, se inició una etapa de reordenamiento de los módulos estructurales regionales que duró varios siglos y que llevó a la formación de unidades nuevas en forma de «provincias» y su organización, un proceso que solo se entiende por partes. De la misma manera, el autor sostiene que el desarrollo sociocultural dentro de este

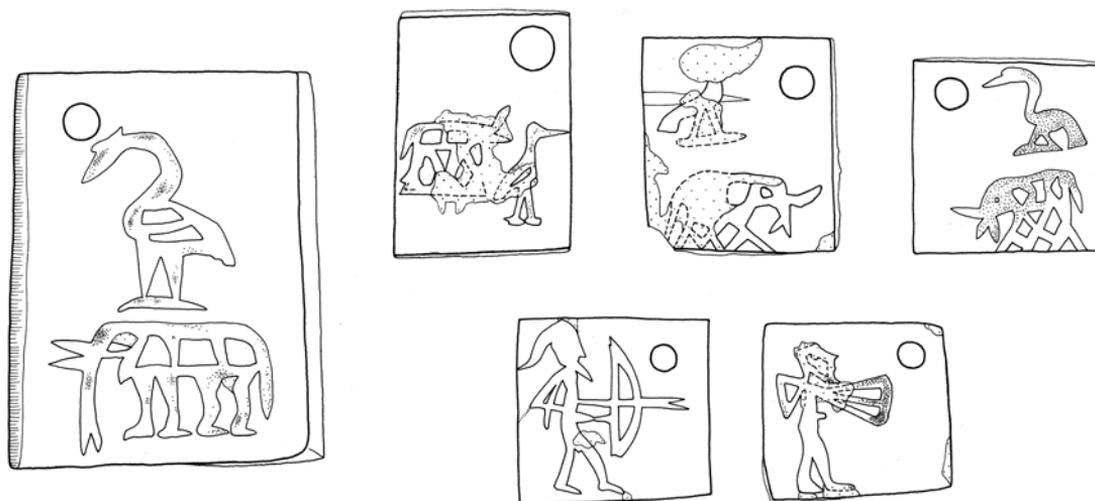


Fig. 16. Tablillas de madera con inscripciones tempranas de la Tumba U-j en Abydos (tomado de Günter Dreyer, Umm el-Qaab I. Das prädynastische Königsgrab U-j und seine frühen Schriftzeugnisse, Abb. 76; Mainz am Rhein: Philipp von Zabern, 1986).

Estado, los procesos de la centralización y de la «provincialización», así como el progreso de las condiciones de vida en este conjunto extenso del Estado, son aspectos que deben estudiarse mejor.

Como el problema del nacimiento del Estado egipcio se ve prolongado cronológicamente «hacia adelante» debido a los hallazgos arqueológicos recientes, las reflexiones expuestas llevan a disolver los límites cronológicos del campo de estudio de la constitucionalización del Estado «hacia atrás». En vez de hablar de un momento concreto, percibido como evento, hay que visualizar una etapa de transformación sociopolítica en una escala de, por lo menos, un milenio. Al aprender a entender semejante proceso de evolución de largo plazo y sus consecuencias fundamentales en todos sus niveles, se comprenderá también, quizá, la estabilidad sin salida —con excepción de las crisis que, en una escala integral, fueron temporales— que poseerá la forma estatal existencial en Egipto en los siguientes milenios.

Agradecimientos

Esta contribución se basa en una ponencia realizada en el marco de un simposio organizado por Johannes Müller y Svend Hansen en la Universität Kiel, y que tuvo por título «Sozialarchäologische Perspektiven: Gesellschaftlicher Wandel 5000-1500 v. Chr. zwischen Atlantik und Kaukasus», realizado entre el 15 al 18 de octubre de 2007. Agradezco mucho a los organizadores de este evento, a los participantes en los debates, así como al doctor Peter Kaulicke, por invitarme a participar con este aporte en el presente número del *Boletín de Arqueología PUCP*, por la traducción correspondiente del texto y por su interés en la temática que congrega a los diversos autores que escriben en este número.

REFERENCIAS

Adams, B.

1986 *Sculptured Pottery from Koptos in the Petrie Collection*, Aris and Phillips, Warminster.

1995 *Ancient Nekhen: Garstang in the City of Hierakonpolis*, SIA Publishing, New Malden.

Adams, W. Y.

1977 *Nubia: Corridor to Africa*, Allen Lane, London.

1985 Doubts about the «Lost Pharaohs», *Journal of Near Eastern Studies* 44 (3), 185-192, Chicago.

Asselberghs, H.

1961 *Chaos en Bebeersing: documenten uit aeneolithisch Egypte*, E. J. Brill, Leiden.

Brunton, G. y G. Caton-Thompson

1928 *The Badarian Civilisation and Predynastic Remains near Badari*, British School of Archaeology in Egypt, Bernard Quaritch, London.

Bußmann, R.

2007 Die Provinztempel Ägyptens von der 0. bis zur 11. Dynastie. Archäologie und Geschichte einer gesellschaftlichen Institution zwischen Residenz und Provinz, tesis de doctorado, Philosophische Fakultät III, Freie Universität Berlin, Berlin.

Butzer, K. W.

1976 *Early Hydraulic Civilization in Egypt: A Study in Cultural Ecology*, Prehistoric Archaeology and Ecology Series, University of Chicago Press, Chicago.

Chłodnicki, M. y K. M. Ciałowicz

2006 *Tell el-Farkha, Preliminary Report 2006*, Polish Archaeology in the Mediterranean Projects 18, University of Warsaw, Warsaw.

Döhl, R.

2008 Staatsentstehung im Alten Ägypten: Theorien und Evidenz, tesis de maestría, Ägyptologisches Seminar, Freie Universität Berlin, Berlin.

Dreyer, G.

1998 *Umm el-Qaab I. Das prädynastische Königsgrab U-j und seine frühen Schriftzeugnisse*, Archäologische Veröffentlichungen 86, Philipp von Zabern, Mainz am Rhein.

Dreyer, G., A. Effland, U. Effland, E.-M. Engel, R. Hartmann, U. Hartung, C. Lacher, V. Müller y A. Pokorny

2006 Umm el-Qaab, Nachuntersuchungen im frühzeitlichen Königsfriedhof, 16./17./18. Vorbericht, *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts Kairo* 62, Mainz am Rhein.

Eiwanger, J.

1983 Die Entwicklung der vorgeschichtlichen Kultur in Ägypten, en: J. Assmann y G. Burkard (eds.), *5000 Jahre Ägypten: Genese und Permanenz pharaonischer Kunst*, 61-74, IS-Edition, Nussloch.

El-Gayar, E.-S. y M. Jones

1989 A Possible Source of Copper Ore Fragments Found at the Old Kingdom Town of Buhen, *Journal of Egyptian Archaeology* 75, 31-40, London.

Endesfelder, E.

1979 Zur Frage der Bewässerung im pharaonischen Ägypten, *Zeitschrift für ägyptische Sprache und Altertumskunde* 106 (1), 37-51, Leipzig.

Engel, E.-M.

1997 Zu den Ritzmarken der 1. Dynastie, *Lingua Aegyptia* 5, 13-27, Göttingen.

Fairservis, W. A., Jr.

1991 A Revised View of the Narmer Palette, *Journal of the American Research Center in Egypt* 28, 1-20, San Antonio.

Figuciredo, A.

2004 Locality HK 6 at Hierakonpolis, en: S. Hendrickx, R. F. Friedman, K. M. Ciałowicz y M. Chłodnicki (eds.), *Egypt at its Origins. Studies in Memory of Barbara Adams. Proceedings of the International Conference «Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt»*, Krakow, 28th August-1st September 2002, 1-23, Orientalia Lovaniensia Analecta 138, Peeters, Leuven/Paris/Dudley.

Firth, C. M.

1927 *The Archaeological Survey of Nubia. Report for 1910-1911*, Government Press, Cairo.

Friedman, R. F.

1996 The Ceremonial Centre at Hierakonpolis Locality HK-29A, en: J. Spencer (ed.), *Aspects of Early Egypt*, 16-35, British Museum, London.

Friedman, R. F. (ed.)

2006 Bigger Than an Elephant. More Surprises at HK 6, *Nekhen News* 18, 7-8, British Museum, London, publicación electrónica: <<http://www.hierakonpolis.org/resources/nn-18-2006.pdf>>.

2007 *Nekhen News* 19, British Museum, London.

Gautier, J.-E. y G. Jéquier

1902 *Mémoire sur les fouilles de Licht*, Mémoires publiés par les membres de l'Institut Français d'Archéologie Orientale du Cairo 6, Institut Français d'Archéologie Orientale du Cairo, Cairo.

Geller, J.

1992 From Prehistory to History: Beer in Egypt, en: R. Friedman y B. Adams (eds.), *The Followers of Horus: Studies Dedicated to Michael Allen Hoffmann, 1944-1990*, 19-26, Egyptian Studies Association Publication 2, Oxbow Monograph 20, Oxford.

Graff, G.

2004 Les peintures sur vases Naqada I-Naqada II. Nouvelle approche sémiologique, en: S. Hendrickx, R. F. Friedman, K. M. Ciałowicz y M. Chłodnicki (eds.), *Egypt at its Origins. Studies in Memory of Barbara Adams. Proceedings of the International Conference «Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt», Krakow, 28th August-1st September 2002*, 765-777, Orientalia Lovaniensia Analecta 138, Peeters, Leuven/Paris/Dudley.

Hartung, U.

2001 *Umm el-Qaab II: Importkeramik aus dem Friedhof U in Abydos (Umm el-Qaab) und die Beziehungen Ägyptens zu Vorderasien im 4. Jahrtausend v. Chr.*, Archäologische Veröffentlichungen 92, Philipp von Zabern, Mainz am Rhein.

Hartung, U., P. Ballet, F. Béguin, J. Bourriau, D. Dixneuf, A. von den Driesch, P. French, R. Hartmann, T. Herbich, C. Kitagawa, P. Kopp, G. Lecuyot, M.-D. Nenna, A. Schmitt, G. Şenol y A. Şenol

2007 Tell el-Fara'in-Buto, 9. Vorbericht, *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts Kairo* 63, 69-166, Mainz am Rhein.

Helck, W.

1954 Herkunft und Deutung einiger Züge des frühägyptischen Königsbildes, *Anthropos* 49, 961-991, Fribourg.

Hendrickx, S., R. F. Friedman, K. M. Ciałowicz y M. Chłodnicki (eds.)

2004 *Egypt at its Origins. Studies in Memory of Barbara Adams. Proceedings of the International Conference «Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt», Krakow, 28th August-1st September 2002*, Orientalia Lovaniensia Analecta 138, Peeters, Leuven/Paris/Dudley.

Hoffman, M. A.

1982 *The Predynastic of Hierakonpolis: An Interim Report*, Egyptian Studies Association Publication 1, Cairo University Herbarium, Faculty of Science/Department of Sociology and Anthropology, Western Illinois University, Giza/Malcomb.

Hoffman, M. A., H. Hamroush y R. O. Allen

1986 A Model of Urban Development of the Hierakonpolis Region, *Journal of the American Research Center in Egypt* 23, 175-197, Boston.

Janssen, J.

1978 The Early State in Ancient Egypt, en: H. J. M. Claessen y P. Skalnik (eds.), *The Early State: A Structural Approach*, 213-234, Mouton, The Hague.

Kahl, J.

1994 *Das System der ägyptischen Hieroglyphenschrift in der 0.-3. Dynastie*, Göttinger Orientforschungen, Reihe 4, Band 29, Otto Harrassowitz, Wiesbaden.

Kaiser, W.

1957 Zur inneren Chronologie der Naqada-Kultur, *Archaeologia Geographica* 6, 69-77, Hamburg.

1959-1960 Einige Bemerkungen zur ägyptischen Frühzeit I, *Zeitschrift für ägyptische Sprache und Alterstumkunde* 84, 119-132; 85, 118-137, Berlin.

- 1961a Bericht über eine archäologisch-geologische Felduntersuchung in Ober- und Mittelägypten, *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts Kairo* 17, 1-53, Mainz am Rhein.
- 1961b Einige Bemerkungen zur ägyptischen Frühzeit II, *Zeitschrift für ägyptische Sprache und Altertumskunde* 86, 39-61, Berlin.
- 1982 Zur Entwicklung des abydensischen Königsgrabes, *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts Kairo* 38, 241-260, Mainz am Rhein.

Kaplony, P.

- 1963 *Die Inschriften der ägyptischen Frühzeit*, 3 vols., Otto Harrassowitz, Wiesbaden.

Kemp, B.

- 1973 Photographs of the Decorated Tomb at Hierakonpolis, *Journal of Egyptian Archaeology* 59, 36-43, London.
- 1977 The Early Development of Towns in Egypt, *Antiquity* 51 (203), 185-200, York.

Kroeper, K. y D. Wildung

- 1994 *Minsbat Abu Omar I. Ein vor- und frühgeschichtliche Friedhof im Nildelta: Gräber 1-114, (Abydos)*, Philipp von Zabern, Mainz am Rhein.

Lepsius, K. R.

- 1849- *Denkmäler aus Aegypten und Aethiopien nach den Zeichnungen der von Seiner Majestät dem Könige von Preussen*
1859 *Friedrich Wilhelm IV nach diesen Ländern gesendeten und in den Jahren 1842-1845 ausgeführten wissenschaftlichen Expedition*, 12 vols., Nicolai, Berlin.

Midant-Reynes, B.

- 1996 *Préhistoire de l'Égypte: des premiers hommes aux premiers pharaons*, Armand Colin, Paris.

Midant-Reynes, B., Y. Tristant y S. Hendrickx (eds.)

- 2008 *Egypt at its Origins 2. Proceedings of the International Conference «Origin of the State Predynastic and Early Dynastic Egypt», Toulouse, 5th-8th September 2005*, Orientalia Lovaniensia Analecta 172, Peeters, Leuven/Paris/Dudley.

Nordström, H.-Å.

- 1972 *Neolithic and A-Group Sites. Scandinavian Joint Expedition to Sudanese Nubia*, vol. 3, Scandinavian University Press, Lund.

Otto, E.

- 1938 Die Lehre von den beiden Ländern Ägyptens in der ägyptischen Religionsgeschichte, en: *Studia Aegyptiaca* 1, *Analecta Orientalia* 17, 10-35, Pontificium Institutum Biblicum, Roma.

Petrie, W. M. F.

- 1900 *The Royal Tombs of the Earliest Dynasties. Part I*, Memoir of the Egypt Exploration Fund 18, Kegan Paul, Trench, Trübner and Co., London.
- 1901 *The Royal Tombs of the Earliest Dynasties. Part II*, Memoir of the Egypt Exploration Fund 21, Kegan Paul, Trench, Trübner and Co., London.
- 1953 *Ceremonial Slate Palettes. Corpus of Proto-Dynastic Pottery: Thirty Plates of Drawings*, British School of Egyptian Archaeology/Bernard Quaritch, London.

Petrie, W. M. F. y J. E. Quibell

- 1896 *Naqada and Ballas 1895*, Bernard Quaritch, London.

Quibell, J. E.

- 1900 *Hierakonpolis, Part I*, 4th Memoir, Egyptian Research Account, Bernard Quaritch, London.
- 1902 *Hierakonpolis, Part II*, 5th Memoir, Egyptian Research Account, Bernard Quaritch, London.

Redford, D. B.

- 1986 *Pharaonic King-Lists, Annals and Day Books*, Benben Publications, Mississauga.

Rizkana, I. y J. Seeher

1987 *Maadi I: The Pottery of the Predynastic Settlement*, Archäologische Veröffentlichungen 64, Philipp von Zabern, Mainz am Rhein.

Schenkel, W.

1977 *Die Bewässerungsrevolution im Alten Ägypten*, Philipp von Zabern, Mainz am Rhein.

Seidlmayer, S. J.

1996 Town and State in the Early Old Kingdom: A View from Elephantine, en: J. Spencer (ed.), *Aspects of Early Egypt*, 108-127, British Museum Press, London.

2001 *Historische und moderne Nilstände: Untersuchungen zu den Pegelablesungen des Nils von der Frühzeit bis zur Gegenwart*, Achet, Berlin.

2006 Der Beitrag der Gräberfelder zur Siedlungsarchäologie Ägyptens, en: E. Czenry, I. Hein, H. Hunger, D. Melman y A. Schwab (eds.), *Timelines: Studies in Honour of Manfred Bietak*, 309-316, Orientalia Lovaniensia Analecta 149, Peeters, Leuven/Paris/Dudley.

e.p. a Zwischen Staatswirtschaft und Massenkonsum. Zu Technologie und Ökonomie in Ägypten vom Alten zum Mittleren Reich, para publicarse en: B. Kull (ed.), Instrumentum Tagung «Die Rolle des Handwerks und seiner Produkte in vorschrifthistorischen und schrifthistorischen Gesellschaften im Vergleich» (Berlin, 3.-6. Dez. 1999).

e.p. b Stadt und Staat in Ägypten im vierten und dritten Jahrtausend v.Chr.

Sievertsen, U.

1992 Das Meser vom Gebel el-Arak, *Baghdader Mitteilungen* 23, 1-75, Mainz am Rhein.

Von der Way, T.

1993 *Untersuchungen zur Spätvor- und Frühgeschichte Unterägyptens*, Studien zur Archäologie und Geschichte Altägyptens 8, Heidelberger Orientverlag, Heidelberg.

Wengrow, D.

2006 *The Archaeology of Early Egypt: Social Transformations in North-East Africa, c. 10.000 to 2650 BC*, Cambridge University Press, Cambridge.

Wilkinson, T. A. H.

1996 *State Formation in Egypt: Chronology and Society*, Cambridge Monographs in African Archaeology 40, Oxford.

1999 *Early Dynastic Egypt*, Routledge, London/New York.

Williams, B. B.

1980 The Lost Pharaohs of Nubia, *Archaeology* 33 (5), 12-21, Cambridge.

1986 *The University of Chicago Oriental Institute Nubian Expedition. Vol. III, Part 1: The A-Group Royal Cemetery at Qustul, Cemetery L*, University of Chicago Press, Chicago.

1987 Forbears of Menes in Nubia, Myth or Reality, *Journal of Near Eastern Studies* 46 (1), 15-26, Chicago.

1988 Narmer and the Coptos Colossi, *Journal of the American Research Center in Egypt* 25, 35-59, Boston.

Yoffee, N.

2005 *Myths of the Archaic State: Evolution of the Earliest Cities, States, and Civilizations*, Cambridge University Press, Cambridge.